



“Hacia un concepto de la conquista de México”

p. 257-286

Víctor Rico González

Hacia un concepto de la conquista de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1953

299 p.

(Primera Serie 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/028/hacia_concepto.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Hacia un Concepto de la Conquista de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Este capítulo, final de la obra, tiene por objeto sentar las bases de un nuevo planteamiento del problema histórico que entraña la Conquista. Implica, pues, la culminación de un recorrido —a saber: el análisis crítico de las concepciones de la Conquista en los historiadores mexicanos del siglo XIX—; y pretende la iniciación de otro —es decir, la elaboración de un concepto cabal de la Conquista. Es éste, capítulo de transición, y su principal objeto estriba en tender el puente de lo que consideramos imperfecto y erróneo a lo que esperamos auténtico y verdadero. Por eso nada está más lejos de mi deseo que dar el carácter de conclusiones a las ideas que aquí expondré; ello significaría restarles la dinamicidad, que es su mejor virtud. Lo que pretendo es plantear problemas que inviten a una solución; pero en ningún caso es mi deseo resolverlos una vez más imperfectamente, y, como se verá más adelante, la índole de mi formación intelectual no me permitiría hacerlo de otra manera. Por todo ello ruego al lector que no olvide el “hacia” que abre el título de este capítulo; esa palabra, no sólo no está puesta por casualidad sino que expresa su intención y límites.

El descubrimiento, conquista y colonización de América, constituyen un fenómeno original y único. Su originalidad y su unicidad no proceden, ciertamente, de que fuese la primera vez que se descubría, se conquistaba o se colonizaba: Cuando Colón dió cima a su empresa, habían nacido y muerto muchas naciones y casi todas ellas tenían en su haber hazañas de descubrimiento, de conquista y de colonización. Así pues, lo que la empresa española en América tiene de genérico no estaba, ni con mucho, inédito. Pero en historia, aunque parezca paradójico, lo genérico tiene una importancia secundaria; de ahí que no afecte a la originalidad.

Si el fenómeno es, repito, original y único, ello se debe a lo que tiene de específicamente suyo, a los caracteres que le son propios, exclusivos e intransferibles. Y no hay duda de que tiene muchos de esta categoría. Veamos, en una primera aproximación, los más patentes y abultados. Dos tipos humanos —el español y el indio americano, el conquistador y el conquistado— se encuentran por primera vez en la historia; para cada uno de ellos el espectáculo del otro y de su mundo es insólito, nunca visto, extraordinario en el sentido más absoluto y radical de la palabra. Entre esos dos tipos humanos surge, como sabemos, el conflicto. Lo sabemos porque para el historiador al uso no hay más formas de relación entre el español y el indio que la guerra

y las que de ella se derivan. El historiador al uso se equivoca una vez más, porque el encuentro de esos dos tipos humanos, con sus respectivos mundos, presenta una serie de problemas que, no sólo no se subsumen en el conflicto armado, sino que además se aceptan, se plantean, se discuten y se resuelven. Es la primera vez que la solución de ese tipo de problemas no consiste en su negación por medio del sencillo expediente de hacerlos a un lado y destruir el mundo que los presenta. La prueba más concluyente de esta verdad, es que los problemas de la conquista y colonización subsisten en nuestros días, y no sólo como problemas del pasado, sino actuales y presentes en la vida cotidiana del hispanoamericano. Casi no hay país en la tierra que no haya sido, alguna vez, conquistado, y sin embargo, podemos afirmar, sin vacilación, que en ninguno ha conservado actualidad la conquista hasta cuatro siglos después de haberse realizado. La excepción es hipanoamérica, y ese sólo hecho basta para poner de manifiesto la esencial originalidad de la empresa española.

Pero aún hay más. La sola presencia de América pone a prueba los valores y virtudes de la cultura española. No hay exageración alguna en decir que América conmueve a España hasta sus mismos cimientos, porque el español se enfrenta a una situación vital insólita, y tan imprevista, que toda su concepción del mundo sufre un proceso de readaptación, tan difícil y dolorosa como profunda y gigantesca. Y esto también es original y único.

Todo ello lo hemos de ver más despacio en el curso de este capítulo; pero ahora nos interesa destacar un hecho que se olvida con demasiada frecuencia y que es absolutamente esencial: se trata de la universalidad del fenómeno histórico que nos ocupa. Es habitual en quienes hablan de ello, medir esa universalidad con un criterio completamente miope que consiste en atribuirlo a la cantidad de territorio, de hombres, de riquezas o de naciones que América representa; nada de eso quiero yo decir. La empresa española en América es universal porque pone en crisis virtudes y valores humanos tan profundos y esenciales, que trascienden el marco del episodio y de la anécdota para proyectarse en el tiempo y en el espacio.

De todos los fenómenos históricos que comprende el descubrimiento, conquista y colonización de América, el que más clara y agudamente presenta los caracteres que he insinuado es el de la conquista del Anáhuac. Y nada tiene de extraño, porque, de un lado, los pueblos que ocupaban esos territorios representaban lo mejor de las culturas autóctonas americanas, y de otro, ningún capitán conquistador en América demostró las dotes excepcionales de Cortés unidas a una aguda conciencia de la magnitud de su empresa y de los problemas que ésta entrañaba.

Es por eso que, si la presencia de América significó una crisis para la cultura española, un proceso de adaptación a la nueva situación que el es-

pañol vivía, la presencia y conquista del Anáhuac exigió, con máxima energía, esa crisis y ese proceso. No se trataba aquí, como en las islas, de subyugar a pueblos de cultura manifiestamente inferior, entregados a la molición y a toda clase de vicios; basta con leer las *Cartas de relación* de Hernán Cortés para comprender que la situación era completamente distinta, que los problemas que la conquista de América planteó desde un principio, se hacían aquí mucho más patentes y agudos, y que el conquistador los percibió y expresó desde el primer momento. No era, ni podía ser lo mismo, conquistar pequeñas islas pobladas de hombres semisalvajes, que emprender la conquista del país que por sus bellezas naturales, y por su alto grado de civilización mereció, a juicio de los propios conquistadores, el nombre de su patria.

Para comprender lo que todo ello significó, se necesita una conciencia histórica, no sólo penetrante y cultivada, sino también finamente equilibrada por el ejercicio de la crítica; y ¿podríamos esperar semejante cosa en los comienzos del siglo XVI? ¿Cabe pensar que una historiografía tan limitada como la de entonces, pudiese captar en su compleja totalidad el fenómeno? Desde luego que no. Pero esta respuesta negativa no debe implicar desdén para quienes entonces se enfrentaron a la tarea de escribir la historia de tan magno suceso; porque ellos hicieron todo lo posible por poner su imperfecta herramienta a la altura del objeto que intentaban alcanzar. Y lo consiguieron en parte: la historiografía americanista del siglo XVI dió pasos de gigante en más de un sentido, y descubrió paisajes del espíritu humano que nunca antes se habían visto y que sólo muchos siglos más tarde la humanidad se habituó a ver. No en vano decía Sir Walter Scott, uno de los padres de la historiografía romántica del siglo XIX, que su lectura favorita era la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo.

Mucho se esclareció entonces; pero mucho más quedó por esclarecer. No podía ser de otra manera. La lectura de la *Historia verdadera* es ilustrativa a este respecto: a Bernal se le quedan muchas cosas en el tintero porque no encuentra manera de conceptualizarlas ni de decirlas. Esto es notorio a lo largo de toda la obra; pero se patentiza singularmente cuando, al final de ella, el soldado historiador intenta hacer un balance de la empresa que ha relatado: la conciencia de la incapacidad de los medios de que dispone para ello, le hace volver una y otra vez sobre el tema, ensayando formas de exposición que van desde el simple relato hasta el discurso, e incluso hasta el diálogo. Pocas cosas le han valido tantas simpatías a Bernal como ese patético espectáculo —que todos ven, pero que a pocos se les hace consciente— del hombre que ha sido capaz de llevar a cabo una difícil empresa, y que luego es impotente para comprender con claridad su propia obra.

Y el caso de Bernal Díaz del Castillo es extremo; pero no es único. En

forma distinta, pero acaso más apremiante, se da en Cortés ese afán por comprender. “...México es para Cortés una quimera, una tan estupenda ilusión que, aunque la ven los ojos, el entendimiento no la comprende”¹. Esa limitación para conceptuar el insólito fenómeno le resulta intolerable. Constantemente está a la caza de secretos: “...y de aquello que más vuestra alteza fuere servido me envíe a mandar la orden que debo tener así en el cumplimiento destas dichas ordenanzas como en las que más vuestra majestad fuere servido que se guarden y cumplan; y siempre terné cuidado de añadir lo que más me pareciere que conviene, porque como por la grandeza y diversidad de las tierras que cada día se descubren, y por muchos secretos que cada día de lo descubierto conocemos, hay necesidad que a nuevos acontecimientos haya nuevos pareceres y consejos, y si en algunos de los que he dicho, o de aquí adelante dijere a vuestra majestad, le pareciere que contradigo algunos de los pasados, crea vuestra excelencia que nuevo caso me hace dar nuevo parecer”². Ciertamente que Cortés se refiere aquí a medidas de gobierno, y que del párrafo se desprende una actitud general de suma importancia para otros aspectos que después veremos; pero lo que nos interesa ahora, es fijar la atención en el hecho de que el conquistador era plenamente consciente de su propia limitación para conocer, y que no cree que sea tarea rápida y sencilla liquidar los “secretos”, sino que, por el contrario, requiere una dedicación aguda y persistente.

He puesto como ejemplos de esa limitación para comprender el fenómeno, a Bernal y a Cortés, porque ellos, no sólo escribieron sobre él, sino que lo vivieron. En sus obras se revela ese asombro, ese pasmo original que presenta problemas a cada paso, y que no permite ignorarlos o resolverlos precariamente: “nuevo caso me hace dar nuevo parecer” —dice Cortés—. Es difícil, a cuatro siglos de distancia, tener conciencia plena de esa actitud; pero es indudable que las obras inspiradas en ella constituyen el testimonio más precioso que poseemos hoy para llegar a la comprensión cabal del fenómeno de la Conquista. Otros autores más lejanos de él han aportado nuevos e interesantes puntos de vista; pero para ello han simplificado, han encerrado el fenómeno en determinaciones conceptuales, bien demasiado estrechas, bien deficientemente ajustadas entre sí. Tal es el caso, por ejemplo de Francisco López de Gómara: “...concibe la historia como una galería de retratos, como una colección de semblanzas. Biografía de Cortés es... su

¹ Ramón Iglesias. *Cronistas e historiadores de la Conquista de México. El cielo de Hernán Cortés*. México, El Colegio de México, 1942, p. 23.

² Hernán Cortés. *Cartas de relación de la conquista de México*. Buenos Aires-México, Espasa Calpe Argentina, S. A., 1945, Carta IV, p. 286.

Historia de la Conquista de México...³. “Para Gómara, en una palabra, la historia es esencialmente la biografía de los grandes hombres”⁴.

Y esa es la razón de que Gómara vea en el hombre nuevo del Anáhuac mucho menos de lo que ve Cortés. El uno siente admiración por el objeto de su conquista; el otro, por la hazaña de los conquistadores. Cortés quiere atraerse a los indios pacíficamente, mientras Gómara carga el acento en el aspecto heroico de la empresa. Gómara es generalizador; incluye a la Conquista en una concepción general de la historia que tiene suma importancia; pero por poco que examinemos el fenómeno, comprendemos enseguida que no cabe en un concepto tan limitado, que la generalización simplifica en exceso y que deja al margen mucho de lo que Cortés y Bernal apuntaron, pese a su limitación respectiva. Porque si ellos eran limitados, lo veían claramente: la presencia del fenómeno no permitía disimular la propia deficiencia; mientras que Gómara hace de su limitación una virtud —en cuanto da aparente solidez a su concepción—; pero a costa de ignorarla, e ignorar con ella una multitud de problemas que, lógicamente, no le eran tan patentes ni apremiantes como a los otros.

Perdida, pues, esa actitud de asombro original que da la vivencia directa, la concepción de la Conquista va a ser —como en Gómara— estrecha e inadecuada. Los historiadores aportarán puntos de vista nuevos, o la mejorarán en aspectos más o menos secundarios; pero no se volverá a plantear la cuestión desde su misma base, como se había hecho en el siglo XVI. Quienes hayan leído los capítulos de este libro que preceden al presente, comprenderán por qué podemos decir sin exageración que hasta el momento actual no se ha progresado en nada que sea verdaderamente esencial, por lo que toca a la concepción de la Conquista.

Ahora bien, ¿por qué? ¿A qué atribuir un hecho tan singular? ¿Cómo explicar que el problema de la Conquista que todavía hoy constituye tema de discusión no se haya replanteado en forma radical ni haya sufrido esencial modificación? ¿Hemos de atribuirlo a inepticia o a conformismo para con las concepciones originales? No creo que la explicación sea tan sencilla. De la conquista se han ocupado hombres de indiscutible talento, y muchos de ellos estaban poco dispuestos a respetar lo antiguo por el hecho de ser antiguo. Hay que suponer, en principio, que una causa histórica profunda impidió —y hasta cierto punto impide todavía— un replanteamiento radical y riguroso de la cuestión. Esclarecer cuál pueda ser esa causa es indispensable, porque nos allanará el camino para lograr un nuevo planteamiento.

Se ha dicho —lo ha dicho un gran pensador— que “el suelo sobre el cual el hombre está siempre no es la tierra ni ningún otro elemento, sino

³ Ramón Iglesia. Op. cit. p. 101.

⁴ Ramón Iglesia. Op. cit. p. 100.

una filosofía. El hombre vive desde y en una filosofía. Esta filosofía puede ser erudita o popular, propia o ajena, vieja o nueva, genial o estúpida, pero el caso es que nuestro ser aferra siempre sus plantas vivientes en una”⁵. Si esto es cierto —y no parece que pueda no serlo— habrá que admitir el corolario de que toda actitud o actividad del hombre, todo dicho o hecho, implica una filosofía, y no sólo la implica, sino que la revela, la pone de manifiesto, a la manera de los síntomas, que llevan al médico a conocer la enfermedad. Ahora bien, como el propio Ortega y Gasset advierte que muy pocos hombres son conscientes de ese hecho —por lo común se resisten incluso a admitirlo—, y como este libro pretende ser claro para un público numeroso y heterogéneo, creo que será prudente aclarar lo anterior con un ejemplo: Dos hombres —un ingeniero y un artista— discuten sobre sus respectivas profesiones; dirá el primero, que es la suya más necesaria que la de su contrincante, pues las obras que realiza prestan una utilidad inmediata a la sociedad, mientras que el arte es un lujo. Dejo a la fantasía del lector la elaboración de la respuesta del artista, que está ya implícita en lo dicho. Lo importante aquí es comprender que en el ingeniero —como, en principio, sucede con todo técnico—, los valores pragmáticos predominan sobre todos los demás —en este caso sobre el estético—, y que ese acto de valoración de la actividad humana es parte de una filosofía. Claro está que esto no quiere decir en modo alguno que *todos* los ingenieros tengan *la misma* filosofía. Lo que se trata de hacer patente es que —repito— detrás de toda actitud o actividad hay una filosofía —o, si se quiere, concepción del mundo— que admite multitud de variantes.

Pues bien, entre los hechos y dichos humanos hay algunos más reveladores de esa filosofía subyacente que otros. Así, el dicho del filósofo —la palabra filosófica por excelencia— está hecho para dar a conocer, con máxima precisión y univocidad, la concepción del mundo; lo cual no tiene nada de sorprendente ni de discutible, puesto que el objeto del habla filosófica es ése precisamente, y no otro. Empero, hay otras formas del hablar humano, que, sin tener por fin específico el poner de manifiesto una concepción del mundo, la expresan inevitablemente y con bastante claridad. Tal sucede, por ejemplo, con la poesía y, de manera eminente, con la historia. Los historiadores, sin saberlo —y aun muchas veces sin quererlo—, ponen ante el lector sus respectivas concepciones del mundo. Algunos hay que nos dicen cosas más interesantes de sí mismos —de los suelos filosóficos en que descansan o se agitan—, que de los objetos de sus investigaciones. Así Ernesto Renán, Tomás Carlyle y tantos otros que sería ocioso enumerar.

Sucede, sin embargo, que todo ello pasa inadvertido las más de las

⁵ José Ortega y Gasset. *En torno al “Coloquio de Darmstadt 1951”*. *El especialista y el filósofo*. Artículo publicado en el diario *Excélsior* el día 12 de febrero de 1952.

veces, cuando menos para el grueso del público. No es fácil —en efecto— que el lector común tenga la conciencia histórica tan desarrollada como para deducir, de la simple lectura de una obra histórica, los rasgos más gruesos de la concepción del mundo de su autor. Hablando con rigor, los lectores capaces de captar esos rasgos constituyen siempre una exigua minoría, y sus opiniones o pareceres no suelen trascender de un angosto círculo cultural.

De aquí que resulte sobremanera sorprendente el hecho de que todos los historiadores que se han ocupado de la Conquista tengan asignada, en la mente del lector, una concepción del mundo, cuando menos en sus aspectos más notorios. Un historiador a la manera de Alamán, que ponga en primer plano la hazaña de los conquistadores, será descrito como “reaccionario”, “de derecha”, o “mocho”. Por el contrario, otro que —al modo de Bustamante— muestre animadversión para los conquistadores, y manifieste tendencia a ensalzar a los indígenas, será tenido por “liberal”, “de izquierda”, o “revolucionario”. Quien haya leído los capítulos anteriores de este libro, comprenderá que tales descripciones no siempre se ajustan a la realidad; pero lo cierto es que, cualquiera que frente a la Conquista tome una de las dos posiciones aludidas, puede tener por seguro que le colgarán con rigurosa simetría, los sambenitos correspondientes. Este es un hecho indiscutible, que cualquiera puede comprobar a diario, y quizá por eso mismo nos hemos acostumbrado a verlo como cosa natural y no paramos mientes en él. Yo creo, sin embargo, que vale la pena examinarlo con intención crítica.

¿Por qué en la mente del público —y en la de no pocos especialistas— la actitud ante la conquista va unida a una serie de convicciones políticas? ¿A qué se debe esta unánime agudeza para captar el suelo filosófico-político de todo historiador de la Conquista? ¿Por qué el lector común —a quien normalmente se le escapan cosas más evidentes— demuestra estar tan sobre aviso en el caso concreto de la Conquista? Problema es este que no puede resolverse con mencionar una preocupación del mexicano por su historia, puesto que otras etapas de ésta no le llaman la atención tan poderosamente. Parece, sin embargo, que el tema de la Conquista despierta en él un singular sentido crítico, que no se manifiesta —normalmente— en otros órdenes de la cultura, ni aun de la misma historia.

Ahora bien, el hombre se preocupa por la historia, la escudriña, la investiga y la interpreta, porque la historia le afecta, es *su* historia, o, si se quiere, él *es* la historia. Pero, claro está, no *toda* la historia le afecta de la misma manera, o con idéntica intensidad. En el hombre culto, de conciencia agudizada, el campo histórico por el que se sabe afectado, se amplía enormemente. El hombre común, por el contrario, sólo se siente afectado por aquellos hechos históricos que condicionan aspectos muy notorios de su vida,

aspectos que —buenos o malos— él no está habituado a considerar como normales y ajenos a toda problematidad. El hombre común —es un ejemplo— no se interesará espontáneamente por los hechos históricos que condicionaron su vestimenta actual. A lo sumo parará mientes en los detalles que modifica la moda; pero el traje en su conjunto le será tan poco problemático como el tener dos ojos o dos brazos. Y si, por un azar, lee en alguna parte cuál fue el origen y evolución del vestido, estará dispuesto a aceptarlo como una curiosidad, sin discusión ni reparo alguno. ¿Qué más le da a él que los hechos históricos condicionantes de su vestimenta sean éstos o aquéllos? No le va nada en ello, y, por lo tanto, no le preocupa.

Algo muy distinto sucede con nuestro tema. La Conquista provocó una situación problemática, de conflicto; el hombre común vive ese conflicto como tal, no lo tiene resuelto; constituye para él un problema vital de gran importancia el resolverlo, y por eso se enfrenta a la historia atenaceado por la inquietud. Su actitud de hombre avisado, que presenta reparos y descubre trasfondos político-filosóficos, no es sino el resultado de la experiencia propia que tiene del conflicto. Cuando ve a conquistadores e indígenas en Otumba, frente a frente, con sus emblemas iluminados por el sol, no está evocando un hecho pasado. Detrás de los emblemas están los ejércitos, compuestos de hombres diversos, con cargas vitales distintas y en conflicto. Dos culturas, dos estilos de vida se enfrentan violentamente; y aunque hoy haya desaparecido la violencia, aunque ambos estilos de vida hayan entrado en una etapa de integración, esa integración no es aún completa, y, por lo tanto, el conflicto persiste. Persiste entre un hombre y otro, y persiste dentro de un hombre mismo.

Pero es claro que si entendiéramos esto en una forma simplista y superficial, no habríamos adelantado gran cosa. Que el conflicto existe lo patentiza la famosa polémica hispanismo-indigenismo; pero esa polémica es falsa: en los capítulos anteriores he mostrado su falsedad, y aquí voy a demostrarla. Voy a poner de manifiesto que no constituye un problema real, sino que es síntoma, apariencia visible —y ruidosa— de otro problema, que sí es real, hondo y auténtico. Hispanismo e indigenismo —como “ismos” en pugna— no son más que formas diversas —y divergentes— de la misma miopía, que no ve ese problema auténtico a que aludo, porque es demasiado dramático y demasiado difícil para encararlo fácilmente. En lo que sigue voy a intentar hacerlo, y para ello empezaré por recoger un cabo que dejé provisionalmente suelto al principio de este capítulo.

Dije que la Conquista del Anáhuac es un fenómeno profundamente original, y que plantea problemas tan hondamente humanos que es, también, por ello, universal. Insinué también algunas de las razones que fundamentan esta tesis, y que ahora profundizaré en su conjunto.

La palabra *conquista* no tiene un sentido unívoco; comprende en su significado una variedad de fenómenos completamente diferentes entre sí. El *Diccionario de la Academia Española de la Lengua* dice: “Conquista. f. Acción y efecto de conquistar. // Cosa conquistada.”; “Conquistar. tr. Adquirir o ganar a fuerza de armas un estado, una plaza, ciudad, provincia o reino. // fig. Ganar la voluntad de una persona, o traerla a su partido.” Esta lamentable inepticia académica nos sirve para muy poco, a no ser para informarnos de que, en la extraña mentalidad de los señores próceres del idioma, los estados, plazas, ciudades, provincias y reinos son “cosas”. En cuanto a las dos acepciones que la Academia da para *Conquistar*, no podemos menos que considerarlas absurdamente limitadas. La primera reduce el significado del vocablo a un mero hecho de armas; la segunda a un fenómeno de atracción personal, sin proyección colectiva (aparte de la anfibología que implica decir que *conquistar* significa “traerla —a la persona— a su partido”. Porque lógicamente no será al partido de la persona conquistada; pero eso es lo que dice gramaticalmente).

Puesto que la Academia de la Lengua se revela tan palmariamente inepta para aclarar la cuestión, aun en forma mínima, hemos de emprender por nuestra cuenta, esa indispensable elucidación.

Entre las formas de conquista que se han dado en la Historia Universal, hay varias que podemos considerar típicas para agrupar en torno de ellas a las demás. Así, en términos generales, podemos obtener una clasificación dentro de la cual encontrarán lugar todas las formas de conquista que hasta ahora se han producido, sin pretender, desde luego, que las de un mismo grupo se identifiquen entre sí, ya que la individualidad de los hechos históricos es indudable. Mi único objeto es poner de manifiesto los rasgos específicos y singularísimos de la Conquista de México.

El primer tipo de conquista —el que más se acerca a la definición de la Academia—, es el de la invasión de un país con el único fin de acrecer el poder político, militar, económico, etc. Sólo se da en casos en que, tanto conquistadores como conquistados, tienen una cultura muy pobre, y, por su misma índole, la invasión suele durar muy poco y carecer de complicaciones, como no sean las que van implícitas en su objeto. La relación entre las partes en conflicto es la de un amo soberbio con un esclavo humillado. El contacto cultural es prácticamente nulo. Conquistadores y conquistados conservan sus respectivos estilos de vida, por lo menos íntimamente; toda modificación externa es transitoria y desaparece con la invasión, e incluso antes. En los antiguos imperios del Próximo Oriente —los “imperios de arena”, se dieron multitud de ejemplos de este tipo de conquista.

La segunda forma de conquista es aquella en que conquistadores y conquistados tienen un estadio cultural no sólo elevado, sino también análogo.

Si se prolonga, el contacto cultural es intenso, y los dos estilos de vida llegan a una integración relativamente fácil. La proporción en que entre cada uno, depende de circunstancias muy variables, pero especialmente del número: es decir, que tenderá a predominar el estilo de vida del grupo mayoritario, del conquistado. Un ejemplo es la invasión de Nápoles por los aragoneses.

La tercera forma es aquella en que el estilo de vida de los conquistados tiene una capacidad creadora y una vitalidad muy superior al de los conquistadores. La integración que resulta de la convivencia prolongada es una absorción casi total de estos últimos. Es el caso de la invasión de la Península Ibérica por los visigodos.

El cuarto tipo es el inverso del anterior. Los conquistados son eliminados como tales, bien por exterminio violento (es el caso de los que hoy son Estados Unidos de Norteamérica), o bien por absorción (como durante el dominio romano en la Península Ibérica). En este último caso los conquistadores ni siquiera toman en cuenta el estilo de vida de los conquistados; simplemente lo suprimen y ponen el suyo propio en su lugar. Para los conquistados no queda más solución que adoptarlo o perecer. Como es natural, los más optan por lo primero, y desaparece todo conflicto.

Es fácil comprender que la Conquista de México no corresponde a ninguna de esas cuatro formas. En realidad, constituye un fenómeno histórico mucho más complejo y profundamente humano que cualquiera de los mencionados. Pone a los hombres en una situación vital que estaba inédita, y plantea problemas que nunca antes se habían planteado. He aquí por qué y cómo.

A mi modo de ver, la Conquista se ha concebido en forma inadecuada porque se han pasado por alto una multitud de rasgos del fenómeno, y, además, porque se han cometido varios errores de enfoque, entre los cuales cabe señalar dos fundamentales. Es el primero, que, preocupados los historiadores por la trascendencia nacional de la Conquista, la cual les afecta tan directamente, no se han ocupado —o lo han hecho muy a la ligera— de encuadrarla en la Historia Universal; prácticamente la comprensión histórico-universal del fenómeno está inédita, pues, a este respecto, los historiadores se dan por satisfechos con sólo señalar algunos rasgos, sin poner de manifiesto su sentido último. Consiste el segundo error en que, siguiendo en este aspecto —y ya veremos por qué— a quienes plantearon el problema de la Conquista en el siglo XVI, los historiadores se preocupan más por *justificarla* que por *explicarla* o *comprenderla*; para esto último se requiere, también, concebirla como un fenómeno histórico-universal.

Es preciso abandonar ideas tan peregrinas como atribuir la conquista al “genio emprendedor de España”; al “espíritu caballeresco de los españoles de la época”; al “afán de aventuras de los hidalgos sin fortuna”, y a tantas

otras cosas que podría muy bien decir una turista norteamericana enamorada de un torero, pero que en la pluma o los labios de un historiador, ni explican nada, ni sirven para otra cosa que no sea hacer mala literatura. Ahí van unas cuantas verdades perogrullescas que se olvidan con demasiada frecuencia:

Toda conquista supone algo conquistable; y las condiciones para que algo sea conquistable son, por lo menos, cuatro: a) que exista; b) que sea vulnerable; c) que exista un posible conquistador —es decir, alguien con posibilidades y deseos de conquistar; d) que el conquistador sepa de esa existencia y esa vulnerabilidad.

En el caso concreto de México, es evidente que se dieron esas cuatro condiciones, puesto que la Conquista se consumió; pero ¿cómo y por qué se dieron? Los historiadores al uso suelen suponer que se dieron sin más, cuando lo verdaderamente importante —como veremos— no es suponerlo, sino analizarlo y ponerlo en claro. Porque la función de la Historia no consiste en mencionar esas condiciones en abstracto, sino en estudiarlas en su realidad concreta. A nadie se le ocurriría pensar que en todas las conquistas se dan las susodichas condiciones en forma idéntica, y, admitida la variedad, es preciso comprenderla si no queremos perdernos en un lío de naderías bizantinas y de abstracciones sin fundamento.

Así nos encontramos con que la Conquista supone, entre otras cosas, la presencia del Anáhuac —y con él del Continente— ante los españoles del siglo XVI. Esta presencia implica la hazaña colombina, la cual, a su vez, tiene una serie de supuestos que involucran *toda* la historia de Occidente. Ni más, ni menos. La razón de ello es que América no se presentó por sí sola, sino que fueron los europeos quienes —para decirlo en el estilo de ciertos cronistas— la presentaron en sociedad —en la de ellos, por supuesto—, y para eso necesitaron algo que representa veintitantos siglos de historia occidental, y que voy a señalar brevemente ⁶.

Los navegantes europeos que llegaron a este Continente —al igual que los que, rodeando Africa, llegaron a la India—, contaban, desde luego, con una técnica compleja que, si bien no puede compararse con la de hoy, implicaba una evolución de muchos siglos. Desde los conocimientos necesarios para construir naves que resistiesen por tan largo tiempo los embates del mar, hasta los métodos —rudimentarios, pero eficaces— que permitían a esos navegantes orientarse, existe una larga cadena —que no viene al caso inventariar— de conquistas técnicas que Occidente había ido obteniendo a lo

⁶ El objeto de este libro —lo repito— no es hacer la historia de la Conquista, sino sólo presentar las bases de una nueva concepción. Por eso la exposición tiene un carácter que sería muy general para una historia formal, pero que considero suficientemente concreto para lo que se persigue. Lo que quiero es presentar el programa de una tarea a realizar; pero no pretendo en modo alguno llevar a cabo esta tarea.

largo de toda su historia. Es decir, que el mero aspecto técnico de la empresa, supone ya una historia y una estructura cultural. Pero hay más. Quienes llevaron a cabo la hazaña, tenían para ello una serie de incentivos: afán de gloria, interés por descubrir nuevas fuentes de riqueza y nuevas rutas comerciales, etc., etc. Todo ello implica la evolución del hombre occidental, de su cultura, de su economía, de su concepción del mundo. . . En suma: implica —como dije al iniciar este razonamiento— toda la historia de Occidente.

Ahora bien, esta conclusión —que por otra parte es tan patente— no nos serviría de nada si nos limitásemos a exponerla y abandonarla, desdeñando fundar sobre ella otras de mayor entidad e importancia para nuestro objeto. Lo que verdaderamente nos lleva al núcleo del problema que se trata de plantear, es invertir esa tesis de la siguiente manera: Si es cierto que el hacer presente a América supone un determinado grado de evolución histórica de Occidente —el que había alcanzado en el siglo XV— no lo es menos que dicho grado de evolución supone la presencia de América. En efecto: existía entonces una necesidad —que ya he mencionado— de acometer la empresa; existían los medios técnicos, y existía el tipo humano capaz de acometerla. Como prueba de todo ello debería de bastar el hecho incontrovertible de que se acometió; pero para algunos señores no basta. Según ellos Occidente no debió jamás de entrometerse en el idílico mundo americano, y si lo hizo, ello fue obra de algunos hombres nefastos que nunca serán bastante maldecidos. Una tesis tan pueril no debería de ser discutida si no contara con un número de adeptos verdaderamente increíble; pero así es, y ello justifica que me extienda tanto en este punto.

Presente América —y presente, según creo haber demostrado, por *necesidad*, no por casualidad—, se plantea el problema que nos interesa: el de la Conquista ⁷. Habitualmente, este problema se ha planteado de una manera completamente distinta de lo que debe de ser un planteamiento rigurosamente histórico. El historiador al uso supone una norma a la que —según él— debían de haberse sujetado los españoles del siglo XVI; después analiza la conducta de esos españoles y dicta sentencia. Expresa o tácita, esa norma está presente en todas las concepciones de la Conquista estudiadas en este volumen. Y los resultados no pueden ser más contradictorios. . . cuando menos en apariencia. El historiador se pregunta ¿cuál debió de ser la actitud de los españoles ante los pueblos del Anáhuac? Su respuesta es variable: desde aquél que afirma que debió de ser de abstencionismo radical, de absoluto respeto hacia los indígenas y su mundo, hasta aquél otro que —aunque no lo diga— aboga por una radical destrucción de lo indio, hay una

⁷ A partir de aquí me ocupo de la Conquista de México exclusivamente. Como es fácil suponer, algunas de mis conclusiones serán aplicables a otras empresas españolas en América; pero no todas. El lector culto podrá distinguir unas de otras sin dificultad.

inmensa gama de pareceres. Todos ellos podrán ser, sin duda, muy interesantes; pero ninguno de ellos es Historia. Porque el primer objeto de la Historia es comprender; no justificar.

La pregunta propia del auténtico historiador, es bien distinta de la enunciada líneas arriba: ¿Cuál fué la situación vital concreta en que se encontraron indígenas y españoles ante su mutua presencia? ¿Por qué fué esa la situación y no otra? Trataré de poner en claro el sentido de mi pregunta:

Toda situación vital contiene una gama de posibilidades entre las cuales es posible elegir; pero, a la vez, implica ciertos límites —más o menos estrechos— que el individuo no puede trascender. Así, un hombre de constitución física común y corriente, tiene una multitud de posibilidades; pero no puede aspirar a ser campeón de boxeo de peso completo, o a trabajar en un circo en calidad de “hombre-montaña”. Honorato de Balzac, con ser tan gran escritor, jamás pudo, pese a sus esfuerzos, escribir en verso; los pocos que publicó en sus novelas, se los encargó a algunos amigos. Un parálítico puede elegir entre varias posibilidades —aunque sólo sean las de adoptar o no una actitud resignada ante su mal—, pero no puede caminar como un hombre normal. Es decir, que toda situación vital concreta implica un elemento de fatalidad que deja un margen más o menos amplio a la libertad del individuo o de los individuos.

Mi pregunta tiende a poner de manifiesto ese elemento de fatalidad que la mutua presencia de indígenas y españoles contiene, y que condiciona una situación hondamente dramática, la cual —en lo esencial— persiste todavía.

Cuando los europeos pusieron el pie en el Anáhuac, lo indígena, como tal, estaba condenado a desaparecer. Entiéndase que no quiero decir —ni mucho menos— que los indios estuvieran condenados a muerte; tampoco pretendo insinuar que el mundo propio del indígena estaba llamado a una *total* extinción. Nada de eso. Mi tesis se reduce a la afirmación de que el estilo de vida indio no podía subsistir, en lo fundamental, frente al europeo. Podían, ciertamente —y de hecho así sucedió—, persistir ciertos elementos del estilo de vida indígena; pero integrados en el europeo, y no al revés. Por eso es imposible sostener la tesis de que el estilo de vida indígena hubiera podido conservarse con una simple adaptación a la situación planteada por la presencia del hombre de Occidente. La “adaptación” habría tenido que calar tan hondo, habría afectado tan radicalmente el subsuelo mismo del mundo del indio que la desaparición de éste —del mundo— hubiera sido inevitable.

Preveo en cierto tipo de lectores una actitud de profundo desagrado ⁸

⁸ Como puede verse, hago lo posible por salir al paso a los malentendidos y objeciones que una tesis tan aparentemente radical provocará; pero me es imposible



por lo que va dicho. Pensarán algunos, sin duda, que pretendo insinuar una absoluta superioridad del mundo occidental sobre el indígena; pero no hay tal. No se trata aquí, en efecto, de discutir si tal o cual cultura es superior a tal o cual otra, porque para ello tendríamos que ponernos de acuerdo sobre la escala de valores capaz de fundamentar un juicio de tal índole. Y esto, sobre ser poco menos que imposible, no es materia propia de la Historia, y, por lo tanto, no nos interesa aquí. Lo que sostengo es que, puestas frente a frente la cultura occidental y la indígena, la primera tenía capacidad para subsistir a costa de la desaparición de la segunda en cuanto tal; el fenómeno inverso era imposible. Pero tal cosa no afecta necesariamente el valor intrínseco de cada cultura, pues no me parece posible —históricamente— aplicar una escala de valores válido para ambas que permita decidir acerca de la superioridad de una sobre otra, como no sea en un plano puramente abstracto y sin validez real de ninguna clase. Considero, más bien, que cada una desarrolló valores propios e incomparables, es decir, que toda comparación entre ambos mundos desde el punto de vista de la superioridad o inferioridad absolutas, me parece ociosa, e incapaz de llegar a ningún resultado objetivo. Insisto, pues, en que sólo se trata aquí de que el estilo de vida indígena estaba condenado a desaparecer frente al occidental. Y después de todas estas aclaraciones previas veamos por qué:

La presencia del occidental en el Anáhuac, implicaba una relación, más o menos intensa, pero inevitable, de ese hombre de Occidente con el indígena. No creo que nadie considere seriamente como posible la abstención por parte del europeo de entablar esa relación. Imaginemos, sin embargo, que el occidental se hubiese abstenido de toda acción directa tendiente a destruir el estilo de vida indígena; imaginemos que hubiera respetado la religión con todos sus ritos —incluso los sacrificios humanos—; que hubiera respetado la organización política, la administración de justicia, y, en suma, todo lo que constituía el mundo propio del indio como tal. Imaginemos que el europeo hubiese entablado con esos hombres de ese mundo una relación puramente comercial, como hicieron los ingleses en muchas de sus colonias. ¿Hubiera subsistido el estilo de vida del aborigen de América? Evidentemente no. A la corta o a la larga éste se hubiera sentido explotado y, para evitar la explotación, no habría tenido más remedio que adoptar el estilo de vida europeo. El indígena habría tenido que adoptar las técnicas de producción, la organización económica, la actitud altamente racionalizada y pragmática del occidental. Y ¿hay algún ingenio que crea que la religión, la organización

preverlos todos. Dejo a la buena fe del lector, el cuidado de subsanar mis omisiones en este sentido, y, en cualquier caso, le ruego que no emita juicio hasta haber leído todo el capítulo, ya que muchos temas que quedan aquí pendientes serán tratados más adelante.

social y política, la administración de justicia, el mundo todo del indígena se hubiera mantenido en lo esencial? En nuestros días estamos asistiendo al doloroso drama de muchos pueblos que se ven obligados a occidentalizarse para subsistir. Y no se hable de integración de la técnica europea en culturas distintas; ahí está el dramático caso de Japón que demuestra bien a las claras cuán imposible es semejante cosa. En Japón subsisten, ciertamente, elementos del estilo de vida autóctono; pero integrados en el occidental, que no al revés. La prueba es que por intentar esto último se vió el Japón conducido a la más cruel de las guerras con el resultado que todos sabemos: la divinidad del emperador se ha venido, en definitiva, por tierra, y aunque persistan elementos que la propugnen, jamás podrá resurgir.

Todo esto es demasiado evidente para que requiera estar apoyado por autoridades. Permítaseme, sin embargo, hacer una cita destinada a mis lectores marxistas, los cuales, a últimas fechas, se han vuelto más nacionalistas que lo fué Hitler, y pretenden negar estas cosas. La cita, que es nada menos que de Marx y Engels⁹ dice así: “Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras. Los bajos precios de sus productos constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de la China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir lo que llama su civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen”.

La occidentalización de América no se produjo así; tal cosa hubiera sido imposible, y cualquiera que examine críticamente la hipótesis anterior comprenderá que hay muchísimas razones para ello. La fundamental es que Occidente tiene una historia larga y compleja, y que si un pragmatismo comercial ha venido a imperar convirtiéndose en el eje de todas las empresas coloniales, en el siglo XVI no era así; imperaban otros valores. La prueba de ello es que imperaba España, y España resultó la primera víctima cuando el centro de gravedad de la historia europea fué ese pragmatismo económico. Desde luego esto no quiere decir que el incentivo económico haya estado ausente en la Conquista; pero es preciso ponerlo en su justo lugar.

Volvemos ahora a nuestro punto de partida; pero ayudados por un nuevo principio: el estilo de vida indígena estaba condenado a desaparecer frente al occidental. Por eso nuestra pregunta se modificará ahora: Si la mutua presencia de españoles e indígenas implicaba la desaparición del estilo

⁹ *Manifiesto del Partido Comunista*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948, p. 45.

de vida de éstos ¿cuál fué la situación vital concreta que llevaba en sí a la Conquista, tal como se produjo? La respuesta a esta pregunta es muy larga y muy compleja; por lo tanto, me limitaré a destacar algunos aspectos que, a mi juicio, son esenciales.

Del razonamiento que antecede se desprende* que, si bien es cierto que en la relación hispano-indígena ambas partes la condicionan directamente, no lo es menos que la iniciativa estaba en manos de los españoles. El español, miembro de ese Occidente que, por necesidad histórica, “se forjaba un mundo a su imagen” era el que, en consecuencia, tenía capacidad para condicionar —en una proporción mucho mayor que el indígena— la relación que con él había de tener. Ahora bien, las posibilidades que a esos españoles concretos se les ofrecían, no eran ilimitadas; estaban dentro de ciertos límites no menos concretos y fatales. O, dicho en otras palabras, Cortés y sus compañeros estaban en situación de imponer —siempre hasta cierto punto— a los indígenas, algo que en una gran medida les imponía a ellos su propia historia. Lo cual nos lleva a buscar las raíces de la Conquista en la historia del hombre ibérico ¹⁰.

“Más fácil de entender es que los cristianos fueran adquiriendo hábitos señoriales al ir adueñándose de las porciones de España más ricas y afinadas, y que confiasen a moros y judíos, hasta donde pudieron, las tareas manuales y técnicas. Las citadas palabras del *Mío Cid*, ‘de ellos nos serviremos’ ¹¹, revelan lo que el cristiano sentía; siglos de vida dura e inferior hallaron compensación en los servicios del moro, mientras el cristiano desarrollaba la vo-

¹⁰ Una vez más he de insistir en el carácter de cuestionario que tiene este capítulo: trata de presentar un juego de cuestiones; no de agotarlas. Para el tema que ahora me ocupa existe una magnífica obra, que, a mi juicio, es el primer gran estudio interpretativo de la historia de España que merece, sin reservas, tal epíteto: se trata de *España en su historia* de Américo Castro (Buenos Aires, Editorial Losada, 1948). En lo que sigue, utilizaré algunas de las conclusiones de Castro, pero me será imposible insinuar siquiera las líneas generales de sus fundamentos. El lector curioso puede fácilmente suplir mi necesaria limitación, mediante la lectura de la citada obra que, por otra parte, es indispensable para muchas cosas.

¹¹ Castro se refiere al siguiente pasaje del Poema de Mío Cid, en que el Campeador dice:

“Oíd a mí Álbar Fáñez	e todos los cavalleros!
“En este castiello	grand aver avemos preso;
“los moros yacen muertos,	de vivos pocos veo.
“Los moros e las moras	vender non los podremos,
“que los descabeçemos	nada non ganaremos;
“cojámoslos de dentro,	ca el señorío tenemos;
“posaremos en sus casas	edellos nos serviremos”.

(*Poema de Mío Cid*, Quinta edición anotada por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Clásicos Castellanos Espasa-Calpe, 1946. [616-622], pp. 139-140).

luntad combativa y de dominio, junto con el arte de representarse en la integridad de su persona. El mundo en torno no será captado mediante conocimiento racional, sino deseado en afán volitivo. El espíritu guiará la conducta hacia un futuro moral, sin interesarse mucho por resolver el problema teórico o práctico del momento; moral y arte serán, por consiguiente, los cauces por donde habrá de discurrir el genio de España, unos cauces que el roce mismo de la historia fué encargándose de labrar”¹².

Pocos párrafos se han escrito tan expresivos de la realidad del hombre español. Y pocos también que nos revelen tanto acerca de la Conquista; en ella se dieron, con máxima intensidad, todos los caracteres que enumera Américo Castro. Comprender su desarrollo y los conflictos que planteó, es absolutamente esencial.

La renuencia del español a aceptar tareas manuales y técnicas es tema constante de la literatura y el pensamiento en los Siglos de Oro. Las grandes obras clásicas están llenas de personajes ridículos que alardean de grandeza y no tienen dónde caerse muertos porque se niegan a desempeñar labores manuales, impropias de “hijosdalgo”. Cervantes, en el entremés *La guarda cuidadosa*, nos ha dejado un ejemplo típico de esa forma de vida; Calderón de la Barca satiriza un personaje análogo en *El Alcalde de Zalamea*; Quevedo lleva la sátira a un extremo delirante en el *Buscón*... En fin, que lo que en el *Poema de Mio Cid* es una simple descripción incidental de la realidad, llega en los Siglos de Oro, y después, hasta nuestros días, a ser tema de crítica virulenta y a convertirse en un lugar común.

Pero esta característica del español, era ya desde muy antiguo motivo de preocupación para quienes la observaban. Fernando de la Torre, escribiendo en 1455 a Enrique IV, habla de la inhabilidad técnica de los españoles, y dice: “¿dónde ésto emana y procede salvo de la fertilidad de la tierra [en Castilla], y en otros reinos de la su necesidad? La cual, trabajando las gentes, saben convertir en riquezas y rentas; y en Castilla, la grosedad de la tierra los face, en cierta manera, *ser orgullosos y haraganes y non tanto ingeniosos ni trabajadores*”¹³.

Claro está que la causa señalada por Fernando de la Torre— la cual, sin duda, satisfaría mucho a Taine— no puede hoy considerarse como certera. Pero lo importante es que el problema existía, y más importante aún es que se manifiesta con harta claridad en la Conquista; así lo hace constar el meticoloso Bernal Díaz: “. . . como vió Cortés que para remar los bergantines no hallaba tantos hombres de la mar que supiesen remar, puesto que bien se conocían los que habían traído en nuestros navíos”... y los de Narváez,

¹² Américo Castro, *op. cit.*, pp. 226-227.

¹³ *Canciones y obras en prosa de Fernando de la Torre*, publicado por A. Paz y Meliá, Dresde, 1907. (Citado por Américo Castro en *op. cit.*, p. 31).

Jamaica, etc., . . . “Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros o habían visto que iban a pescar, y si eran de Palos, o Moguer, o de Triana, o del Puerto, o de otro cualquier puerto o parte a donde hay marineros, los mandaba so graves penas que entrasen en los bergantines, y aunque más hidalgos dijese que eran, los hizo ir a remar” . . .¹⁴.

“Siglos de vida dura e inferior hallaron compensación en los servicios del moro, mientras el cristiano desarrollaba la voluntad combativa y de dominio, junto con el arte de representarse en la integridad de su persona”. En la Conquista son los servicios del indígena los que el español va a requerir. Desde los primeros momentos, Cortés solicita de los caciques amigos hombres para transportar el bagaje de su ejército. Hay en ello una necesidad práctica evidente, pues los españoles no hubieran podido por sí solos hacerlo todo; pero ya hemos visto, en el párrafo de Bernal, que rehuían los trabajos manuales y técnicos por considerarlos indignos. No puede hablarse aquí de simple haraganería, ya que el conquistador se ocupaba sin descanso en las faenas de la guerra, con una intensidad que hoy nos llena de asombro. Lo que sucede es que esas faenas no eran consideradas ni deshonrosas ni impropias, mientras que las manuales sí: se trata de una valoración de la actividad humana profundamente arraigada en el español, valoración que difiere radicalmente de la de los pueblos comerciales e industriales, como el inglés o el norteamericano.

Tenemos ya aquí, bien a la vista, una primera determinación de la conducta del español frente al indígena. Su forma de vida implicaba un tipo de conquista capaz de reducir al indígena a la sumisión política, por la muy sencilla razón de que el conquistador veía en ello la liberación de ciertos modos de la actividad a los que, debido a una fuerte presión histórica, atribuía un valor negativo, y que, sin embargo, le eran necesarios.

Se ve aquí cuán absurdo es enfocar el problema de la Conquista desde el punto de vista de lo que *debieron* de hacer los españoles; porque ello nos llevaría a plantearnos la cuestión de qué *debieron* de hacer los musulmanes invasores o el estado visigodo para que el hombre español del siglo XVI estuviese estructurado de otra manera. Y eso podrá ser un juego muy divertido, pero no se parece en nada a la historia.

Esta primera determinación del modo de conquista —necesidad, por parte del español, de liberarse del trabajo manual y técnico— no es, desde luego, la única, ni tampoco la más importante. Hago esta advertencia, porque todavía hay quienes —con una absoluta carencia del más elemental

¹⁴ *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, introducción y notas por Joaquín Ramírez Cabañas, México, Editorial Pedro Robredo, 1944, t. I, cap. XLVIII, p. 191.

sentido histórico— opinan que la Conquista tuvo como único fin satisfacer la más baja codicia. Sería, ciertamente, muy cómodo, que la historia fuese tan simple como todo eso; sería muy cómodo que la complejidad de la vida humana pudiera reducirse a determinaciones tan elementales e incomplejas. Pero no es así, porque cuando pretendemos reducir los fenómenos históricos a conceptos simples, nos encontramos indefectiblemente con que hemos olvidado todo lo que constituye la realidad de esos fenómenos, para convertirlos en meras abstracciones que nunca sucedieron ni sucederán, porque están al margen de la vida humana concreta.

Al llegar a este punto se hace necesario volver con intención comprensiva sobre el párrafo citado de Américo Castro. Presenta éste la renuencia al trabajo manual como parte de una actitud vital compleja. Y hay que comprender, en principio, que se trata de eso, de una actitud vital; es decir, de una integridad, y no de una mera yuxtaposición de caracteres. Por eso mi expresión de que el rehuir el trabajo manual es “parte de una actitud vital compleja”, no resulta por completo satisfactoria. La razón es que los elementos o partes de una actitud vital —de una integridad—, sólo tienen sentido dentro de ella, y en la estructura que a ella le es propia. Dichos elementos, estructurados de diversa manera, darían una situación vital diferente, y, lo que es más, cada uno de ellos tendría un sentido distinto. Ahora bien, como no disponemos de un modo de expresión capaz de presentar esa situación vital en bloque, y en toda su peculiaridad, nos vemos obligados a ir enumerando sus componentes, sin olvidar, desde luego, la estructura que los comprende y les da sentido.

El nudo que mantiene trabados a los demás caracteres del español y les da sentido es ese “arte de representarse en la integridad de su persona”. Frente al musulmán, hábil técnicamente, pero dado a los placeres de la carne y frecuentemente reblandecido por ello, el hispano-cristiano trata de conferir a su ser entero una especial solidez; trata de eliminar esos pliegues de la sensualidad que hacen al moro accesible y quebradizo. Rehuye la técnica porque en ese campo se siente manifiestamente inferior; pero rehuye también todo aquello que hace vulnerable a su enemigo. Su fuerza está en la voluntad moral y de dominio, y, si elimina de su actividad el análisis intelectual, es precisamente porque se trata de una actividad de segundo orden, dentro del marco de su circunstancia. Es el famoso “primero fusílenlo y después ‘virigüen’”, que se atribuye a un revolucionario mexicano.

El ser íntimo en tensión volitiva tiende, por su propia naturaleza, a proyectarse en el exterior. La intimidad busca su correlato en la apariencia; se trata de despojar a ésta de su carácter “engañoso” —idea helénica arraigada en la cultura de Occidente— para convertirla en expresión de la realidad íntima. Si hubiera de buscar un ejemplo de este “representarse en la

integridad de su persona”, pondría la tauromaquia, arte esencialmente hispánico. El torero es, más que nada, el hombre que está traduciendo sus vivencias íntimas en actitudes visibles: y así, ora expresa el dramatismo de la tragedia inminente, ora el soberbio desprecio por la fiera, ora la alegría burlona ante la muerte.

Y así como el torero sólo es tal cuando domina a la fiera; cuando le señala mágicamente su camino, así también el español del siglo XVI sólo es en cuanto desea el mundo en torno, en afán volitivo, en cuanto lo conforma y lo estructura como proyección de su intimidad. No se trata, pues, de integrar el ser subjetivo dentro de un orden objetivo *dado*; sino, por el contrario, de estructurar el mundo exterior en un orden *puesto* por el sujeto.

Todo ello constituye una segunda determinación de la Conquista. Además del motivo pragmático que antes queda señalado, hay que tomar en cuenta esta vivencia del mundo en afán volitivo que tan vehementemente se manifiesta en los conquistadores, sobre todo en Cortés: “Ya hemos indicado antes que Cortés, si no le da importancia a lo que hace, se la da, y grandísima, a lo que ve. Hay en él una enorme admiración por la magnitud y la belleza de las tierras que descubre, por la pujanza y diversidad de las organizaciones sociales indígenas”. . . “El conquistador es quien queda, en realidad, conquistado”¹⁵. “Es decir, que México es para Cortés una quimera, una tan estúpida ilusión que, aunque la ven los ojos, el entendimiento no la comprende. Y se enamora de esta ilusión. Y desea ávidamente hacerla suya. No es ansia de destrucción la que le impulsa, como tantas veces se ha repetido, sino de posesión y disfrute”. . . “A Cortés todo le sorprende, todo le gusta en las tierras que descubre”¹⁶.

Por su parte, Luis Villoro¹⁷ coincide íntegramente con la apreciación de Iglesia: “La nueva tierra no defrauda sus esperanzas [las de Cortés]. Pronto se revela un maravilloso mundo ante sus atónitos ojos. Y el conquistador, ante los portentos que descubre, se enamora profundamente de su descubrimiento, de ‘su’ tierra, de ‘su’ empresa”. . .

Estas afirmaciones quedan aquí en forma dogmática; para su fundamentación remito al lector a las obras que las contienen. Por mi parte, podría presentar aquí una multitud de textos del propio Cortés en apoyo de lo dicho; conocidas son sus descripciones, llenas de tan intensa admiración, de tal “ansia de posesión y disfrute”, que hicieron temblar la pluma de Gómara en el otro lado del Atlántico. En culto a la concisión, me limitaré a un texto

¹⁵ Ramón Iglesia. *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*. México, El Colegio de México, 1942, p. 22.

¹⁶ Ramón Iglesia, *op. cit.*, p. 23.

¹⁷ *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México, El Colegio de México, 1950, p. 17.

sumamente breve: “La ciudad [Tlaxcala] es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescados de los ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas”¹⁸.

Análoga actitud es palpable en Bernal Díaz, quien, al final de su *Historia*, hace una orgullosa descripción del mundo que contribuyó a crear: “. . . y también tengan cuenta cómo en México hay Colegio Universal donde se estudia y aprenden gramática y teología y retórica y lógica y filosofía y otras artes y estudios y hay moldes y maestros de imprimir libros, así en latín como romance; se gradúan en licenciados, y doctores; y otras muchas grandezas y riquezas pudiera decir” . . .

Esta primera actitud del conquistador, en la cual el mundo se le presenta deseado en afán volitivo, es más compleja de lo que a primera vista pudiera parecer. No se reduce, desde luego, a la baja codicia de que hablan algunos historiadores como el P. Las Casas, ya que, si la ambición de riquezas es motivo importante, no lo son menos los demás. Así lo dice Bernal Díaz: “Y a lo que a mí se me figura con letras de oro debían de estar escritos sus nombres [de los que murieron sacrificados], pues murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar”¹⁹. En otro lugar, refiriéndose a una arenga de Cortés, dice el propio Bernal: “. . . y sobre ello dijo otras muchas comparaciones y hechos heroicos de los romanos. Y todos a una le respondimos que haríamos lo que ordenase, que echada estaba la suerte de la buena ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón, pues eran todos nuestros servicios para servir a Dios y a Su Majestad”²⁰. Cortés mismo incluye repetidas veces en sus *Cartas* párrafos de este tenor: “E muchas veces fuí destos por muchas veces requerido y yo los animaba diciéndoles que mirasen que eran vasallos de vuestra alteza, y que jamás en los españoles en ninguna parte hobo falta, y que estábamos en disposición de ganar para vuestra majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y que demás de hacer lo que como cristianos éramos obligados en puñar contra los enemigos de nuestra fe, y por ende en el otro mundo ganábamos la gloria, y en este con-

¹⁸ Hernán Cortés. *Cartas de relación de la conquista de México*. Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1945, Carta II, p. 54.

¹⁹ Bernal Díaz del Castillo. *Op. cit.*, t. III, cap. CCX, pp. 251-252.

²⁰ Bernal Díaz del Castillo. *Op. cit.*, cap. LIX, pp. 223-224.

seguíamos la mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó”²¹.

Es patente que la concepción heroica de la existencia —la existencia como algo bellamente construido, en función de valores volitivos— ocupa un lugar eminente en la compleja actitud vital del conquistador. Párrafos como los citados abundan en la literatura de la Conquista, y no hay duda de que su atento y detallado estudio, nos daría la clave de muchos problemas, hoy planteados absurdamente. Por desgracia, el afán de esquematizar y de convertir a la Historia y a la vida humana en un conjunto inanimado de determinaciones abstractas, sólo sabe ver en el conquistador, bien un caballero andante sin tacha, bien un bandolero codicioso, o —lo que quizá es aún peor, por engañoso— una mezcla arbitraria que, so color de imparcialidad, borra todo lo humano para darnos una incongruente yuxtaposición de caracteres.

Como un ejemplo del tipo de interpretación histórica a que podría llegarse por este camino, cabe poner el siguiente. En mi opinión —y en otro lugar de este libro va insinuado el por qué— se ha exagerado muchísimo el papel que la religión autóctona jugó en la conquista. Así, los historiadores al uso afirman, sin ninguna reserva, que los indígenas llamaban *teules* a los españoles porque los creían descendientes de Quetzalcoatl. Atribuyen, además, esta curiosa filiación a hechos tan circunstanciales o externos como el proceder de Oriente y el ser blancos y barbados. Cómo sabían los indios que el país de origen de los conquistadores estaba, efectivamente, en Oriente, es cosa que nadie ha explicado, por la muy sencilla razón de que no tiene explicación posible. Pero, además, existe el hecho indudable de que los indígenas se dieron cuenta muy pronto de que los españoles eran hombres de carne y hueso, y, sin embargo, les siguieron llamando teules. ¿Por qué? ¿No sería acaso por ese “arte de representarse en la integridad de su persona”? ¿No sería por la misma razón que los moros llamaron “Cid” —Señor— a Rodrigo Díaz de Vivar; por la misma razón que explica la actitud admirativa de Baltasar de Castiglione ante el “sosiego majestuoso” de los españoles de su tiempo? En la tan citada obra de Américo Castro encontrará el lector curioso un estudio pormenorizado del tema. Yo ahora me limito a adelantar, como hipótesis, la posibilidad de que, para los indígenas, *teules* haya tenido un significado análogo al que tuvo *Cid* para los moros.

Volvamos ahora, una vez más, sobre el párrafo de *España en su historia* que nos sirvió de punto de partida: Hemos intentado ya dar una idea —muy general, desde luego— del sentido que tiene en la Conquista esa presencia del mundo como “deseado en afán volitivo”. Pero Américo Castro añade que “el espíritu [en el español] guiará la conducta hacia un futuro moral”. Que

²¹ Hernán Cortés. *Op. cit.*, Carta II, p. 52.

lo moral es rasgo principalísimo de la Conquista, lo demuestra el hecho evidente de que ésta ha sido presentada siempre como fenómeno moral, y como tal ha sido discutida. Ahora bien ¿qué papel juega lo moral en la Conquista? El esclarecimiento de esta cuestión es de importancia esencial porque nos permitirá mostrar cuál es la raíz del planteamiento clásico del problema de la Conquista, y, por ende, de la polémica hispanismo-indigenismo.

También aquí nos encontramos con que los aspectos abstractos del tema han sido estudiados y repetidos hasta el cansancio, en detrimento de lo concreto, que es lo vital y lo histórico. Contamos, en efecto, con una larga serie de estudios, más o menos sólidos y científicos, acerca de doctrinas, leyes, bulas, etc., etc., relativas a la conducta de los españoles en América. Todo ello tiene, sin duda alguna, un enorme valor histórico, porque es expresión de la actitud vital de teólogos, filósofos y juristas; pero desde el punto de vista de la Conquista, su valor se reduce a la capacidad para regular la conducta de los conquistadores. Así, una comparación entre las normas fijadas por Francisco de Vitoria para resolver los problemas de la Conquista, y la actitud vital concreta de Cortés, carece de sentido histórico porque su objeto no es comprender esa actitud vital concreta, sino someterla a un incongruente proceso jurídico.

Sin embargo —ya lo hemos dicho— los historiadores han seguido este procedimiento que consiste en enfrentar normas a conductas con fines judiciales: el resultado ha sido un conjunto de imágenes disformes de la realidad, porque no se considera ésta en sí misma ni se le busca su sentido propio, sino que se la ve *desde* una norma a la que se confiere validez absoluta, y se le trata de inyectar *a fortiori* un sentido que le es ajeno. Un absurdo análogo ocurriría si tratásemos de ver, por ejemplo, la época de Alfonso el Sabio a través de *Las siete partidas*, y no al contrario. Es decir, que el objeto de la historia es la vida humana concreta, y las proyecciones culturales de esta vida sólo tienen sentido partiendo de ella; nunca al revés.

Sucede, pues, que existen numerosos análisis de las proyecciones culturales que la situación vital concreta de la Conquista produjo; pero, en contraste, casi nada sabemos acerca de la vivencia moral de la Conquista, propia de los hombres de carne y hueso que la llevaron a cabo. Porque —conviene recordar esto a algunos historiadores— la Conquista no la hicieron bulas ni doctrinas ni leyes, sino hombres de carne y hueso: ni más ni menos.

Veamos al hombre Cortés ante su empresa.

La primera determinación a que le lleva ese su “afán de posesión y de disfrute” de la nueva tierra, es una curiosidad inextinguible, curiosidad que lleva, superpuesta a su honda raíz vital la clara tonalidad del humanismo que teñía el ambiente de la España de entonces: “Desde el principio aparece en Hernán Cortés un afán que lo distingue radicalmente de sus antecesores; no

es el conquistador al que, más mercader que constructor de imperios, sólo interesa ‘rescatar’, sacar fruto material de sus conquistas. Cortés se enfrenta al Nuevo Mundo en una extraña mezcla de conquistador e investigador, de hombre práctico dominado por el afán de lucro y poder, y teórico espectador dirigido por el ansia de descubrir y relatar”²². “Es el humanista renaciente (*sic*) ansioso de conocer, de descubrir secretos nuevos, de dominar la naturaleza. Su admiración por la nueva tierra es inmensa; y de admiración y amor nace la primera raíz, el más hondo motivo vital de su apreciación y valoración de civilización que descubre, del hombre nuevo y de la nueva tierra”²³.

Ya en esta actitud se palpa el carácter singular y único de la Conquista, y se ve cuán absurdo es reducirla a un conjunto de anécdotas militares más o menos edificantes o negativas.

“Este es el primer aspecto con que se presenta América ante sus ojos: tierra maravillosa que guarda celosamente sus secretos al europeo. Y él se siente el brazo activo de la civilización occidental encargado de dar a luz tales misterios. Se siente claramente responsable de su misión ante la cultura europea. Frente a América, se conduce poco menos que como un científico curioso, atezado por la necesidad de ‘saber y ver’ todas las cosas. Es el representante de toda la cultura y no tan sólo un instrumento de conquista; y, como tal, no olvida su obligación para con Europa”²⁴. “El humanista que revela secretos y preside el trascendental encuentro de dos culturas, es plenamente consciente de su papel histórico. No viene a imponer salvajemente una cultura, haciendo tabla rasa de la otra, sino que enfrenta a ambas en un intercambio de valores”²⁵.

No hay que entender al pie de la letra estas últimas palabras de Villoro (él mismo se corrige líneas adelante), porque, si bien es cierto que Cortés “no vino a imponer salvajemente una cultura, haciendo tabla rasa de la otra”, no lo es menos que le hubiera sido radicalmente imposible “enfrentar a ambas en un intercambio de valores”. No, Cortés no podía ser neutral; nadie podía —ni puede— serlo. Ese es el drama de la conquista, que está vivo en nuestros días. El conquistador —juez y parte— puede comprender —y de hecho comprende— todo el valor del estilo de vida que tiene enfrente; pero le es imposible respetarlo íntegramente. Ya hemos visto en este capítulo por qué. Nos corresponde ver ahora cómo se le presenta al hombre Cortés el problema, ante los hombres indígenas que tiene delante: . . . “no se le pre-

²² Luis Villoro. *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México, El Colegio de México, 1950, p. 15. Villoro hace numerosas citas de Cortés en apoyo de sus palabras.

²³ Luis Villoro. *Op. cit.*, p. 17.

²⁴ Luis Villoro. *Op. cit.*, pp. 16-17.

²⁵ Luis Villoro. *Op. cit.*, pp. 21-22.

senta el pueblo aborigen como salvaje e inferior; para él se trata de una gran civilización, comparable en muchos aspectos con la de la propia España. Y aquí notamos, una vez más, la honda raíz del humanista hispano. Concede espontáneamente al pueblo indígena todos los derechos que concedería a cualquier pueblo civilizado. Lo cual evidentemente no impide que se valga de todas las astucias y violencias para tratar de sojuzgarlo. Pero nunca justifica esas acciones en alguna pretendida inferioridad del indio; por el contrario, trata de escudarse en fórmulas de derecho de gentes aplicables a toda la comunidad humana civilizada. Lo que hace con respecto al indio, lo haría seguramente también con el turco o el francés. Independientemente de cuál sea su trato afectivo con respecto a los soberanos indios, tiene conciencia de su dignidad y del derecho que les corresponde”²⁶. Esta es una cara de la moneda; la otra no es tan halagüeña. Cortés era hombre religioso, hijo de un tiempo en el que la religión tenía una importancia capital: “Presenta el pueblo indígena desde este nuevo ángulo de visión, distinta faceta: son criaturas engañadas y dominadas por el demonio y su civilización deberá abandonar el vasallaje a Satanás si no quiere perecer. Si la primera valoración positiva de la civilización aborigen correspondía al moderno humanista, esta otra corresponde al caballero feudal que lleva en su espíritu”²⁷. “Notemos, sin embargo, que este concepto del indio no presenta contradicciones con los elogios que anteriormente le prodigaba. No se atribuyen propiamente sus defectos a una naturaleza inferior o corrompida, sino al engaño del demonio y a su pagana civilización; que si fueran evangelizados ‘harían muchos milagros’ ”²⁸.

Así, pues, la Conquista se presenta ya problemática a los ojos de su principal autor. No es —insisto— un mero hecho de armas, ni tampoco una imposición del estilo vital conquistador con desaparición del conquistado. Tampoco una integración de estilos de vida análogos. Españoles e indígenas diferían radicalmente en puntos tan importantes como el religioso; y, sin embargo, el conquistador es consciente de que hay mucho en el indio que merece ser conservado. “Su actitud final ante el indígena [la de Cortés] que, a la vez, admira y en quien confía, pero que considera engañado y presa del demonio, no puede ser más que la del protector, la del padre que vela por sus hijos errados, pero de buen natural”²⁹. “Siempre que propone medidas de gobierno —o que discute las que se le ordenan, cosa que hace sin ningún tapujo— encontramos en él dos ideas básicas que informan toda su política:

²⁶ Luis Villoro. *Op. cit.*, pp. 20-21.

²⁷ Luis Villoro. *Op. cit.*, pp. 22-23.

²⁸ Luis Villoro. *Op. cit.*, p. 23.

²⁹ Luis Villoro. *Op. cit.*, p. 23.

conseguir a toda costa la conservación de los indios y lograr el arraigo de los españoles en las tierras nuevas ³⁰.

El español tiene “la religión verdadera”; tiene una técnica mucho más evolucionada; tiene bestias de carga que facilitan el trabajo; tiene una infinidad de cosas que el indio *debe* de adquirir a costa de prescindir de otras que le son propias. Ahí se inicia el viacrucis del indígena. Su vida histórica pierde la savia, la sangre misma, y se hace pasiva. Vaga como un sonámbulo por un mundo que no es el suyo, porque para que lo sea tiene que dejar de ser indígena, tiene que europeizarse.

El lector avisado habrá comprendido ya dónde está la raíz de la polémica hispanismo-indigenismo. Cuando México nace como Estado independiente, nace, por decirlo así, íntimamente desgarrado. La nacionalidad no está hecha, porque el trágico problema de la Conquista sigue en pie. El ideal de Cortés —incorporación del indígena, sin que éste pierda su ser más íntimo y puro— estaba sin realizar en 1810, y todavía hoy no se ha realizado. El indigenismo contemporáneo, sigue planteando el problema. Othón de Mendizábal, Gamio ³¹, etc., viven —como la vivió Cortés— la necesidad de liberar al indio de las cadenas de una civilización que no es suya. Y la única forma posible de esa liberación es lograr que el indígena *domine* la civilización europea: convertir en armas las cadenas.

El mexicano nace, pues, como un ser problemático; su futuro se le presenta como una disyuntiva radical: hijo de dos culturas, o acepta la europea para prolongarla en tierra de América, o fortalece la presencia de su pasado indígena, garantía de originalidad frente a Europa.

El hispanista tiene la vivencia de una España inexistente, fantástica. Prueba de ello es su perpetua inconformidad con la España real, con el español de carne y hueso; prueba de ello es que le está dictando siempre a España lo que debe ser, lo que él desearía que fuese. Y es que en el fondo su hispanismo no es más que un modo de ser mexicano; nunca —por mucho que él pueda creerlo— un modo de ser español.

El indigenista crea en su mente un mundo indígena que nunca existió. Niega todos los valores de lo hispánico, no porque sea incapaz de comprenderlos, sino porque el español ha matado el mundo indígena como tal; porque le ha puesto encima un mundo extraño; porque, en suma, le ha arrebatado —así lo cree él— la posibilidad de sentirse seguro, original frente a Europa. El indigenista se siente —en cuanto hijo de España— una pálida copia del español; la consistencia de su ser, sólo se la puede dar su filiación

³⁰ Ramón Iglesia. *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*. México. El Colegio de México, 1942, pp. 54-55.

³¹ En la tan citada obra de Luis Villoro, encontrará el lector un análisis cuidadoso del tema, que aquí sólo me es posible insinuar.



indígena. Su indigenismo no es, tampoco, un modo de ser indígena, sino un modo de ser mexicano.

Por todo lo cual se puede ahora ver claro cómo la polémica hispanismo-indigenismo está contenida en la esencia misma de la conquista, y no es sino una —acaso la más radical y reveladora— de sus manifestaciones, de sus formas de presencia.

Toda historia de la Conquista, que esté hecha con la conciencia histórica actual, deberá partir de ese hecho; pero nunca quedarse en él. Ojalá que este libro sirva en algo para lograrlo.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS